

CUADERNOS DE CIENCIAS POLITICAS
No. 4

Diálogo de saberes

Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas

CUADERNOS DE CIENCIAS POLÍTICAS

Santiago Leyva Botero
Coordinador general

DIÁLOGO DE SABERES

Alejandra Ríos Ramírez
Editora académica

**Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas**





Juan Luis Mejía Arango
Rector

Julio Acosta Arango
Vicerrector

Hugo Alberto Castaño Zapata
Secretario General

Jorge Alberto Giraldo Ramírez
Decano Escuela de Ciencias y Humanidades

Liliana María López Lopera
Jefe Departamento de Humanidades

Santiago Leyva
Jefe Pregrado en Ciencias Políticas

Alejandra Ríos Ramírez
Editora académica

Mateo Navia Hoyos
Corrector

ISBN: 978-958-8719-11-5

Portada

Mauricio Arroyave.

Diseño, diagramación e impresión
Pregón Ltda.

Universidad EAFIT

Misión

La Universidad EAFIT tiene la Misión de contribuir al progreso social, económico, científico y cultural del país, mediante el desarrollo de programas de pregrado y de postgrado –en un ambiente de pluralismo ideológico y de excelencia académica– para la formación de personas competentes internacionalmente; y con la realización de procesos de investigación científica y aplicada, en interacción permanente con los sectores empresarial, gubernamental y académico.

Valores Institucionales

Excelencia:

Calidad en los servicios ofrecidos a la comunidad
Búsqueda de la perfección en todas nuestras realizaciones
Superioridad y preeminencia en el medio en el que nos desenvolvemos

Tolerancia:

Generosidad para escuchar y ponerse en el lugar del otro
Respeto por las opiniones de los demás
Transigencia para buscar la conformidad y la unidad

Responsabilidad:

Competencia e idoneidad en el desarrollo de nuestros compromisos
Sentido del deber en el cumplimiento de las tareas asumidas
Sensatez y madurez en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas

Integridad:

Probidad y entereza en todas las acciones
Honradez o respeto de la propiedad intelectual y de las normas académicas
Rectitud en el desempeño, o un estricto respeto y acatamiento de las normas

Audacia:

Resolución e iniciativa en la formulación y ejecución de proyectos
Creatividad y emprendimiento para generar nuevas ideas
Arrojo en la búsqueda de soluciones a las necesidades del entorno

El crimen como desviación social:


Perspectivas desde la Teoría del Control en Medellín

Santiago Silva Jaramillo¹

Este texto pretende reflexionar sobre el crimen como una desviación social, en términos de una investigación sociológica, y sosteniéndose en la Teoría del Control de Travis Hirschi. En primer lugar se clarificarán algunos términos claves—como desviación y control social—, para que durante el trabajo se entienda la forma como se utilizan. Luego se explicará, según Gelles y Levine, la Teoría del Control de Hirschi, enfatizando en sus afirmaciones sobre las causas de la delincuencia juvenil. A continuación, se analizará, según el informe del programa de Medellín *Cómo Vamos*, de 2009, las tendencias criminales y violentas, y las causas y circunstancias que las autoridades señalan. También se analizarán los programas que el informe reseña, y que se han implementado desde la Alcaldía para combatir dichos fenómenos. Finalmente, con *Aporías de la cultura contemporánea*, de Mario Elkin Ramírez Ortiz, y *Tratado de criminología*, de Osvaldo N. Tieghi, se analizarán las dinámicas criminales, sobre todo en términos de delincuencia juvenil, a la luz de la Teoría del Control, en Medellín. Todo lo anterior, para identificar, con la ayuda de los textos de apoyo, las afirmaciones de la teoría de Hirschi en la realidad social del crimen, con énfasis en la situación de la ciudad de Medellín.

Para Richard Gelles y Ann Levine, la desviación es la violación de las normas sociales, entendidas como las convenciones que una sociedad ha hecho para delimitar lo correcto de lo incorrecto. Las conductas desviantes, sin embargo, no son todas necesariamente violaciones de las reglas sociales, los autores ponen como ejemplo las mentiras inocentes que una persona dice para evadirse de algún compromiso social, que, siendo una violación de las normas comúnmente aceptadas, no pueden verse como un caso de desviación. De la misma forma, otras actividades o conductas pueden verse, aun cuando sean excéntricas o particulares, como no peligrosas. La desviación está así pues determinada, en que una parte de la sociedad vea en la práctica de la conducta un peligro para el orden social. Dicen Gelles y Levine: “[L]os sociólogos reservan el término desviación para la violación de normas sociales que atentan contra un gran número de personas o gente en una posición para influir sobre los juicios sociales” (Gelles y Levine, 1997: 224).

1 Estudiante de noveno semestre de Ciencias Políticas de la Universidad EAFIT.



La reacción de la sociedad frente a la desviación es entonces fundamental para que la conducta quede bajo esta categoría. La sociedad debe hacer manifiesta su desaprobación respecto a ella, y su propia voluntad a enfrentarla, en defensa del orden social. De esta forma, cada sociedad crea y protege sus propias leyes y normas y se mantiene siempre presta a castigar a quien las viole. Esto no impide, sin embargo, que dentro de la sociedad se presenten diferentes grupos que conciben una misma desviación de forma diferente en tanto pueden considerar que una conducta que para algunos es desviante, no lo es. El carácter de desviado dependerá entonces de “el actor, la audiencia y la situación” (Gelles y Levine, 1997: 227).

En el texto de Gelles y Levine, el control social se define como los esfuerzos que hace una sociedad para prevenir y combatir las conductas desviantes, por medio, sobre todo, de la socialización. Esta se considera como el proceso por medio del cual las personas se integran al orden social, y hacen lo que se supone deben hacer, es decir, cumplir las normas y leyes sociales. Sin embargo, sostienen los autores, la socialización por sí sola no siempre es suficiente y la sociedad debe valerse de las sanciones a los infractores y los premios a quienes se comportan conforme a las leyes.

En este sentido, se pueden establecerse dos distinciones en términos de control social, el que se realiza formalmente y el que se hace informalmente. Los primeros se refieren al esfuerzo de las instituciones públicas para corregir el comportamiento desviado. Se pueden identificar comúnmente con las fuerzas policiales, los tribunales de justicia y las cárceles. Los controles informales, por su parte, son aquellos que ejercen presiones sutiles, y se identifican comúnmente con la aplicación de sanciones en el entorno inmediato del infractor, propinadas por las mismas personas que lo rodean. Por ejemplo, dicen Gelles y Levine, “el chismorreó es una de las formas más familiares y penetrantes de control social” (Gelles y Levine, 1997: 228). Así pues, las personas están bajo los efectos del control social en muchos lugares y momentos de su vida constantemente. Durante un día normal, un sujeto puede verse controlado por agentes como la policía y la gente que lo observa pasar en la calle.

Una de las teorías sociológicas que intenta explicar el fenómeno de la desviación, y la que se ha escogido como enfoque en este trabajo, es la Teoría del Control. El principal enunciado de este paradigma, en los términos de Travis Hirschi, es que “es más probable que la desviación ocurra cuando la unión entre el individuo y la sociedad es débil o inexistente” (Cfr. Gelles y Levine, 1997: 235). De esta forma, la teoría del control sostiene que los lazos entre la sociedad y el sujeto, una vez rotos, aumentan la posibilidad de que este se desvíe. Así pues, en tanto el sujeto no se considere responsable o no le importe la opinión de la sociedad a la que pertenece, violará sus leyes sin ningún problema.² Esta

2 Esto no quiere decir que todos quienes reúnan estas condiciones terminarán desaviándose; mucho menos que haya algún tipo de condición natural en cuanto a que una ausencia de controles implican, por ejemplo, que la persona terminará dedicada al crimen. Lo que la teoría del control nos permite ver es que, en circunstancias específicas (pero sobre todo identificables y prevenibles) es más sencillo identificar la población más vulnerable de terminar violando las normas sociales.

teoría, y sobre todo el enfoque de Hirschi, han resultado convenientes para analizar las dinámicas del crimen como desviación social. Hirschi determina, dicen Gelles y Levine, cuatro controles principales.

El primero se refiere a la relación entre los adolescentes y sus padres. De esta forma, los padres, aun cuando no pueden ejercer un control físico permanente, se presentan como una presión psicológica, en tanto sus hijos los ven como sus propios controles sociales, y mantienen una necesidad de su aprobación respecto a sus actos.


El segundo es la escuela. Según Hirschi, los estudiantes que van bien en la escuela, aplicados, obedientes a sus profesores y dedicados al estudio, son menos probables de terminar en la delincuencia. Los hombres dedicados al crimen, por su parte, son en mayor medida estudiantes problema, a los que “les disgusta la escuela, que no hacen la tarea y que no les importa lo que los maestros piensen de ellos” (Cfr. Gelles y Levine, 1997: 235). La labor de control de la escuela, en todo caso, se pierde.

El tercero es el control ejercido por el grupo de pares. En ese sentido, el grupo de personas con el que el sujeto pase mayor tiempo, y que considere sus pares, determina en gran medida si seguirá las normas sociales o si las violará. La presión del grupo sobre esta persona actuará de tal forma que alentará o disuadirá la desviación.

El cuarto control se refiere a la aspiración a líneas convencionales de acción como la educación o el trabajo. De esta forma, los futuros delincuentes viven en términos de inmediatez, mientras que los demás sujetos mantienen una perspectiva bastante clara de aspiraciones futuras. Es decir, la posibilidad de aspiraciones superiores de llevar una vida satisfactoria determina si una persona intentará satisfacer sus necesidades inmediatas a como dé lugar –desviándose–, o si seguirá las reglas sociales que le pueden garantizar alcanzarlos eventualmente. Así pues, “la juventud delincuente [...] tiene pocas esperanzas o planes a futuro; viven el presente” (Cfr. Gelles y Levine, 1997: 235).

Otro aspecto que Hirschi trabajó, y del que también culpaba a la desviación, era la falta de control de sí mismo de un individuo. Esta se podía rastrear desde la infancia del sujeto, cuando, por defectos del entorno social o de los padres, no era corregida. Así pues, una socialización defectuosa determina si la persona podrá en efecto auto regular su natural inclinación a la desviación o no. La Teoría del Control de Hirschi sostiene que la desviación es consecuencia de la debilidad de los controles sociales.

El reporte de Seguridad Ciudadana de 2009 de la iniciativa Medellín Cómo Vamos, dice que “los expertos coinciden en señalar al narcotráfico como el principal responsable de la inseguridad no sólo en Medellín, sino también en otras ciudades colombianas y latinoamericanas” (Seguridad ciudadana, 2009: 26). El informe también señala que la violencia de las bandas, que pelean por controlar territorios de venta y contrabando de droga, es el principal causante no sólo de violencia en Medellín, sino del incremento desmedido de esta en los últimos años. Así, la dinámica de los “combos”, o pandillas juveniles, es la que se ha hecho cargo de las actividades criminales de la ciudad. Enfocados en el micro-tráfico de narcóticos, también han incursionado en la extorsión, el robo



y el secuestro. Los mismos planes adelantados por la Alcaldía parecen dar testimonio del grupo que impulsa la violencia en la ciudad, al focalizar la mayoría de estos en la ayuda y reintegración social de los jóvenes delincuentes. El informe no sólo identifica las pandillas dedicadas al negocio del narcotráfico como las causantes de violencia y criminalidad. También señala a una ciudadanía intolerante y armada que prefiere resolver sus problemas por propia mano, violentamente, que por los medios institucionales y legales. Esta dinámica de intolerancia, sumada a la del lucrativo negocio del narcotráfico en la ciudad, son las causas identificadas en el informe para explicar el problema de violencia y criminalidad en Medellín.

El informe señala también que la causa del incremento desmedido de los últimos años en las cifras de inseguridad, según la Alcaldía, sobre todo de homicidios, se debe a la “incapacidad de los jefes con los que se pactó la desmovilización de mantener un control sobre el mundo criminal que no sólo presentaba riesgos de reincidencia, sino que empezaba a desatar los poderes externos e internos a Medellín, no desmovilizados, de la criminalidad” (Seguridad ciudadana, 2009: 22). La cuestión entonces no reside en determinarlas circunstancias que incrementaron la violencia, sino las que las causan. La preocupación de la Alcaldía, como se testimonia en el plan de acción que se detallará más adelante, apunta a atenderlas. Es, en cualquier caso, un programa que busca fortalecer los actores de control social, a la mejor manera de la Teoría del Control.

El crimen es quizás una de las desviaciones sociales más claras. Lo es, en cualquier caso, porque su accionar nace de la violación a la ley, que puede entenderse como la más fundamental de las normas sociales. Sin embargo, sostienen Gelles y Levine, “no todos los delitos se consideran desviantes” (Gelles y Levine, 1997: 240), pues violaciones a la ley como evadir impuestos, pasarse un semáforo en rojo, etc., pueden ser vistos en algunas sociedades como acciones comunes y corrientes, lejanas de ser desviantes, aunque sean ilegales. De todas formas, la mayoría de los delitos son considerados por la sociedad como desviantes, en tanto, con mucha claridad, atentan contra el orden social. Este trabajo se concentrará en los delitos violentos –asesinato, robo, secuestro, extorción–, todos ellos considerados sin mucha diferenciación como conductas desviantes por la sociedad.

Siguiendo con el informe de Seguridad Ciudadana del programa Medellín Cómo Vamos, se puede apreciar que el 70% de las víctimas de homicidios son hombres en edades entre los 20 y 39 años (datos de 2009), concentrados en los estratos socioeconómicos 2 y 3 de la ciudad. El plan de la Alcaldía para enfrentar este problema se ha configurado en torno a cuatro ejes básicos, del que destaca la promoción de campañas preventivas que buscan fortalecer “la tolerancia en las familias, con los menores, en los colegios”. (Seguridad ciudadana, 2009: 25). El plan reconoce las instituciones de control con las que cuenta una sociedad, sean estas formales o informales. En el ámbito formal, propone el fortalecimiento de la policía y las entidades de justicia, junto con las autoridades de gobierno. En este punto, el plan busca fortalecer los lazos de confianza y adhesión entre la población y las instituciones públicas, pero también las labores de control de las mismas con el fortalecimiento de la policía y el aparato de justicia para combatir el crimen. De la


eficiencia de estas organizaciones, dice el informe, depende en gran medida el éxito de las políticas contra el crimen.

En materia de los controles informales, en tanto aquellos que no hacen parte de la institucionalidad, el plan prevé el fortalecimiento de programas sociales de acompañamiento y generación de oportunidades de estudio y trabajo para los jóvenes de la ciudad. Se decía más atrás que Hirschi culpaba al fallo de cuatro controles sociales de la delincuencia juvenil, a saber, desconexión entre padres e hijos, falta de interés en la escuela, malas influencias en el grupo de pares y tergiversación de las líneas de acción convencionales. Un delincuente juvenil –como los que conforman en gran medida las pandillas y “combos” en Medellín– se convertía entonces en tal, gracias a unos padres por los que no sienten apego, una escuela que no les interesa, un grupo de pares que celebra o tolera su desvío, y la falta de líneas de acción convencional que puedan asegurarle satisfacer sus necesidades.

Mario Elkin Rodríguez Ortiz también señala al narcotráfico como el causante primogénito de la descomposición social que produce la criminalidad y la violencia en Colombia y en Medellín. Rodríguez, refiriéndose al sicariato infantil, habla de las circunstancias sociales –especialmente las de pobreza– que llevan, como consecuencia de dinámicas como la mendicidad, el trabajo informal o el empleo infantil, a la desarticulación de las familias en términos de violencia intrafamiliar, violencia sexual, abandono, familias de un solo padre, prostitución y, sobre todo, delincuencia juvenil. Hirschi consideraba, como ya se vio, que la relación que se planteaba entre los padres y el hijo era fundamental para que este no desarrollara conductas delincuenciales.

Para el sociólogo, esta relación se plantea según dos términos: el apego que el niño desarrollaba por sus padres y el valor que le daba a lo que estos pensaran de él. De esta forma, cuando creciera, estaría constantemente preocupado por seguir una vida de la cual sus padres se sintieran orgullosos. Se hace claro entonces que el rompimiento de los lazos entre el niño y el control que sobre él ejercen sus padres puede darse, en casos de descomposición social y familiar, gracias a los fenómenos de pobreza. La familia, según Osvaldo N. Tieghi, es el lugar donde el niño aprende lo que serán sus conductas sociales como joven y adulto, como miembro de la sociedad. Dice Tieghi entonces que “la familia es, así, el molde en que se desenvuelve el ovillo de la especie configurando múltiples y complejas *estructuras de impulsos y motivaciones* sociales” (Tieghi, 1996: 508).

Hirschi consideraba también que el rompimiento entre las vías de acción convencionales y los sujetos, se configuraba como otra causa de la delincuencia juvenil. Rodríguez afirma sobre el fenómeno de violencia en Colombia, en su libro, que “el narcotráfico mostró a los jóvenes modos de enriquecimiento rápido y fácil” (Ramírez, 2000: 9). Este ‘atajo’ sobre las formas convencionales de progreso económico, e incluso social, se ha presentado por treinta años como una oportunidad difícil de dejar a un lado para la juventud colombiana. Los fenómenos de pobreza y falta de oportunidades por vías legales, contrasta con la posibilidad de un enriquecimiento y ganancia de poder rápido por el lado de la ilegalidad. El cálculo entre las consecuencias a futuro de las acciones presentes, que Hirschi consideraba, eran la principal disuasión para los jóvenes de no cometer actos delincuen-



ciales, se pierde entonces en la esperanza de varias generaciones de colombianos, que han preferido desviarse de las líneas de acción convencionales y vivir en la inmediatez, en buscar la satisfacción de sus necesidades rápidamente, en su mayoría, por medio de la delincuencia.

Rodríguez resalta, por último, la deserción escolar y la influencia del “combo” de amigos, como otras dos características de esta generación de jóvenes sicarios y delincuentes (Ramírez, 2000). Así pues, sin educación u oficio que les pudiera proveer de medios de subsistencia, los jóvenes se dedican a buscar formas alternativas de vida y sin la función de control moral que la escuela ejerce (Cfr. Gelles y Levine, 1997: 235). Desarrollan una inclinación natural hacia la delincuencia. Dice Osvaldo N. Tieghi: “[L]a inconducta y la desintegración social pueden anular toda educación; ello ocurre en una comunidad desorganizada o abandonada a su suerte, con patrones de conducta ambivalente y sin valores centrales firmes” (Tieghi, 1996: 506). En este proceso también tienen una gran influencia el grupo de pares, como señala Hirschi. De esta forma, de toda esta generación de jóvenes sin presión por parte de sus padres, luego de desertar de la escuela y tentados por el camino rápido del narcotráfico, no encuentran en el último recurso que representa su grupo de pares la censura de la conducta antisocial, sino la aprobación o el aliento para este tipo de prácticas.

Algunas conclusiones

El principal culpable en Medellín del debilitamiento de los lazos que unen al individuo con la sociedad es el narcotráfico. Este debilitamiento, según Hirschi, es el causante de que la desviación social que lleva a los jóvenes a la delincuencia no sea corregida o evitada efectivamente por los controles sociales convencionales.

La pobreza, no en sí, pero en tanto puede generar fenómenos de descomposición de las familias –como violencia intrafamiliar, violencia sexual, abandono, familias de un solo padre, prostitución– puede considerarse una causa del rompimiento de los lazos entre las personas y la sociedad y, por tanto, de las prácticas delincuenciales.

El narcotráfico ha presentado a varias generaciones de jóvenes colombianos la oportunidad de, utilizando medios de acción no convencionales, acceder con rapidez a la satisfacción de sus ambiciones de riqueza, poder y estatus, en un fenómeno que se determina por una vida que privilegia el presente sobre el futuro.

La deserción escolar, como resultado de lo que Hirschi señalaba como las tendencias de los jóvenes delincuentes de estar poco interesados por su permanencia y desempeño en la escuela, en tanto priva a estos sujetos de los controles y la fuerza moral que este tipo de institución les da, se puede ver como otra circunstancia causante de la delincuencia juvenil.

Finalmente, la falta de un grupo de pares que censuren las conductas desviantes, facilita que un sujeto caiga en ellas. En el fenómeno de Medellín, las circunstancias sociales hacen muy difícil que en realidad exista, en determinados sectores de la sociedad, un verdadero grupo de pares que pueda disuadir a un sujeto de desviarse, en tanto, todos, si no ya desviados, están en circunstancias similares y con la misma tentación.

Bibliografía

- Gelles, R. y Levine, A. (1997) "Desviación y control social". En: Sociología. México: McGraw Hill, pp. 223–240.
- Ramírez Ortiz, Mario Elkin (2000) *Aporías de la cultura contemporánea*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Seguridad Ciudadana 2009, "Medellín Cómo Vamos". Recuperado el 1 de junio de 2010, de www.medellincomovamos.org.
- Tieghi, O.N. (1996) *Tratado de criminología*. Buenos Aires: Editorial Universidad.